

Loretta Napoleoni

Traficantes de personas

El negocio de los secuestros y la crisis
de los refugiados



Índice

PORTADA

DEDICATORIA

PREFACIO

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1. EL PROTOCOLO DE AL QAEDA EN EL MAGREB ISLÁMICO
2. DAR DE COMER A LOS OSOS
3. TRAFICAR CON MIGRANTES
4. LA ECONOMÍA DE LA PIRATERÍA
5. CONEXIÓN DE LA DIÁSPORA SOMALÍ CON EL GOLFO PÉRSICO
6. HUMO Y ESPEJOS DE LA GUERRA CIVIL SIRIA

SEGUNDA PARTE

7. EL NEGOCIADOR
8. EL RESCATE
9. LA HORA DE ORO: ANATOMÍA DE UN SECUESTRO
10. LA PRESA: EN BUSCA DE UNA NUEVA IDENTIDAD
11. LA MITOLOGÍA SOBRE LOS REHENES OCCIDENTALES

TERCERA PARTE

12. PUNTO FINAL A LA VERDAD

13. UN AJEDREZ CON LAS VIDAS DE LOS REHENES
EN JUEGO
14. HISTORIA DE AMOR DE DOS REFUGIADOS
15. EL BUMERÁN POLÍTICO

EPÍLOGO. EL «BREXIT»

GLOSARIO

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A la memoria de Luigi Bernabò

PREFACIO

Durante los dos últimos años, el mundo se ha visto sacudido tanto por la amenaza representada por el yihadismo en general (y por el ISIS, en particular) como por una oleada de atentados terroristas en suelo europeo con la firma de Estado Islámico. Estas tragedias han tenido lugar al tiempo que Europa se enfrentaba a la mayor migración humana acaecida en este continente desde el final de la segunda guerra mundial. Tanto el terrorismo como el éxodo de refugiados se han vinculado a la guerra civil en Siria y al ascenso al poder de Estado Islámico, dos sucesos sumamente trágicos. Pero esta no deja de ser una interpretación simplista de lo que, en el fondo, es un fenómeno de una extrema complejidad.

En realidad, la caída del Muro de Berlín y la llamada «guerra contra el terror» son factores comunes a muchos de los acontecimientos de los que los medios de comunicación han venido informando durante esta última década.

Tras 1989, la desestabilización del Sahel y del Cuerno de África causó la caída de regímenes sostenidos hasta entonces por Estados Unidos o la Unión Soviética, y en ese anárquico vacío florecieron la delincuencia y el yihadismo. En Somalia, por ejemplo, el secuestro de extranjeros se convirtió en una importante fuente de ingresos.

La falsa sensación de seguridad que acompañó a la globalización y al final de la guerra fría hizo que toda una nueva generación de reporteros, periodistas y cooperantes se

decidieran a viajar a regiones infestadas de grupos criminales y terroristas con el fin de informar de las atrocidades cometidas por tales organizaciones, una decisión tan bienintencionada como en extremo peligrosa.

Quienes han secuestrado y vendido a rehenes occidentales y han negociado su rescate son organizaciones criminales que, en ocasiones, están interrelacionadas con grupos yihadistas y cuyo principal negocio ha pasado a ser el mercadeo de seres humanos: son, pues, mercaderes de personas.

¿Cómo hemos llegado a tan terrible confluencia de acontecimientos?

Mis investigaciones sobre el secuestro y el tráfico de seres humanos comenzaron hace ya más de una década. Poco después del 11-S, empecé a reunirme en encuentros y en ciudades varias de todo el mundo con personas dedicadas a la lucha contra el terrorismo y el lavado de dinero. Todas ellas coincidieron en señalar que la ley estadounidense conocida como «Patriot Act» había impulsado al cártel de los colombianos a formar empresas conjuntas con el crimen organizado italiano para lavar en Europa y Asia sus ingresos por droga y para hallar nuevas rutas por las que traer cocaína al Viejo Continente. Venezuela, la tristemente famosa Costa del Oro del África occidental (desde donde salían históricamente gran parte de los cargamentos de esclavos hacia América) y el Sahel se convirtieron en zonas clave de transbordo de ese comercio ilegal.

Los traficantes africanos no tardaron en sacar provecho de este negocio transportando cocaína hacia otros países. Gao, en Mali, se convirtió en su principal centro de operaciones. Desde Gao, la cocaína viajaba cruzando el Sáhara hasta las costas mediterráneas de Marruecos, Argelia y Libia. Desde allí, toda una flota de pequeñas embarcaciones llevaba la droga hasta Europa.

En 2003, un grupo de antiguos miembros del Grupo Islámico Armado (GIA) argelino implicados en el tráfico tran-

sahariano decidieron diversificar su actividad y secuestraron a treinta y dos europeos en Mali y el sur de Argelia. Los rehenes fueron transportados por las rutas de contrabando que cruzaban el Sáhara hasta campamentos situados en el norte de Mali. Los gobiernos europeos pagaron entonces jugosos rescates para recuperar a sus ciudadanos, suficientemente cuantiosos como para que con ellos se pudiera financiar un nuevo grupo armado: Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI).

Entre las personas con quienes me he reunido desde el 11-S, hay varios negociadores de rescates. Su posición como intermediarios entre las partes les permite tener una perspectiva privilegiada del negocio de los secuestros. Pues bien, de nuestras conversaciones saqué en claro que el rapto de los treinta y dos europeos había abierto los ojos a aquellas organizaciones criminales y armadas al hecho de que secuestrar occidentales podía ser una importante fuente de ingresos. Se había levantado así la veda para la caza de rehenes de esa procedencia.

En la segunda mitad de la primera década del siglo XXI, apenas un lustro después del 11-S, el negocio de la cocaína ya había acelerado la desestabilización del Sahel. Aparecieron por entonces, además, varios Estados fallidos y semifallidos cuya situación forzó a muchos de sus ciudadanos a convertirse en migrantes económicos que trataban de llegar a Europa. Al Qaeda en el Magreb Islámico no tardó en invertir parte de las ganancias obtenidas con su negocio de los secuestros en esta otra rama de actividad: la de traficar con migrantes.

Los negociadores creen que el hecho de que los gobiernos implicados no denunciaran públicamente la crisis de los secuestros en el Sahel hizo imposible que se interviniera en la región como debería haberse intervenido en aquel momento. De ahí que les resultara fácil a los secuestradores dedicarse también al tráfico humano.

Gracias a mi labor como cronista del lado oscuro de la economía de la globalización, descubrí que aquella política de secretismo de los gobiernos se debía a su deseo de ocultar los defectos de esa globalización. La proliferación de Estados fallidos (y regiones fallidas, incluso) donde la ley y el orden habían desaparecido desde los tiempos de la caída del Muro de Berlín propició que los secuestros y el tráfico florecieran como nunca antes en la historia. Y el secretismo de las grandes naciones hizo posible que esa conflagración se propagara sin control. Fue como si todos los bomberos hubieran decidido hacer huelga en pleno incendio forestal.

Tanto negociadores de primera fila como antiguos rehenes coinciden en que la oferta de «presas de caza» valiosas ha sido abundante todo este tiempo. Durante los últimos veinticinco años, una falsa sensación de seguridad en el mundo globalizado ha animado a ciudadanos jóvenes e inexpertos del club de las «primeras naciones» (los llamaré aquí «occidentales», si bien pueden ser personas procedentes de Tokio o de Santiago tanto como de Nueva York o Copenhague) a explorar todos los rincones de la aldea global y a informar personalmente desde ellos, o a llevar ayuda a poblaciones atrapadas en zonas de guerra o asoladas por la anarquía política. Estos reporteros novatos y cooperantes humanitarios han pasado a ser unos de los blancos principales de los secuestradores modernos.

Desde el 11-S, el número de secuestros se ha multiplicado exponencialmente al mismo ritmo al que lo han hecho las sumas exigidas como rescate. En 2004, 2 millones de dólares eran suficientes para liberar a un rehén occidental en Irak. En la actualidad, pueden llegar a pagarse más de 10 millones para ese mismo fin. Un miembro del gabinete de crisis italiano bromeó diciendo que la liberación de Greta Ramelli y Vanessa Marzullo —dos jóvenes italianas raptadas en Siria en 2014 y vendidas al Frente Al Nusra— costó a Italia casi un punto porcentual de su PIB: ¡13 millones de

euros! Del mismo modo, se han disparado también tanto el número de empresas de seguridad privadas que se especializan en la protección contra secuestros como el coste de su contratación. Una década atrás, 1.000 dólares era la tarifa diaria habitual. Hoy es ya de 3.000.

¿Acaso es la economía de los secuestros inmune a las leyes de la economía en general? Diez años de inflación excepcionalmente baja sumada a una fuerte competencia entre secuestradores y empresas de seguridad privadas deberían haber servido para impulsar los precios a la baja, pero, en vez de eso, no han hecho más que subir. El motivo es sencillo: el número de rehenes occidentales potenciales es casi infinito, y negociadores gubernamentales y privados compiten entre sí por liberar a sus conciudadanos, lo que empuja al alza los precios de mediadores, informantes, conductores, etcétera.

Hoy sabemos lo mal que ha salido la pretensión de exportar la democracia occidental a todos los rincones de la aldea global. Desde la caída del Muro de Berlín, el mundo se ha convertido en un lugar mucho más peligroso, no solo para norteamericanos y europeos, sino también para asiáticos, africanos y latinoamericanos, millones de los cuales se han visto forzados a reconvertirse en mano de obra migrante y en refugiados económicos. También la región de Oriente Próximo y Medio ha sido partícipe de tan funesto destino, lo que ha hecho que el grueso del negocio de los captores de rehenes en esa región se esté desplazando nuevamente y esté centrándose ahora en el tráfico de personas que huyen del suplicio y los estragos de la guerra civil. Actualmente, esos mercaderes de hombres y mujeres manejan una nueva variedad de mercancía humana: no rehenes, sino migrantes. Una interdependencia surrealista vincula, pues, el secuestro de occidentales y el tráfico de migrantes.

Cuando, en 2015, estalló la crisis migratoria en Oriente Próximo, los secuestradores y contrabandistas se apresura-

ron a convertirse en traficantes de mercancía humana. Contaban ya con una estructura organizativa sofisticada y con dinero suficiente —procedente de los rescates de rehenes— que invertir en esta nueva empresa. Con unos ingresos netos de unos 100 millones de dólares mensuales en verano de 2015, los mercaderes de personas entregaban decenas de miles de ellas cada semana en las costas europeas. Es un negocio rentable, porque la demanda supera con mucho a la oferta y el coste de llegar a Europa no deja de crecer. Diez años atrás, una persona podía pagar unos 7.000 dólares a un traficante para que la llevara del África occidental hasta Italia. En el verano de 2015, con esa suma ya no se pagaba más que la corta travesía que lleva de Siria a Turquía y de Turquía a Grecia.

Quince años después de la destrucción de las Torres Gemelas, la mayoría del mundo musulmán está en llamas. Los ganadores son los mercaderes de personas, una mezcla de organizaciones criminales y yihadistas que raptan, compran y venden personas por un precio. ¿Qué será lo siguiente?

La crisis migratoria podría forzar a todo un continente a afrontar tanto la hipocresía de sus propios políticos, que guardaron silencio cuando más deberían haber hablado, como lo absurdo del mito de que nos movemos hacia una Europa cada vez más integrada e igualitaria. Pero, por encima de todo, pondrá de manifiesto una vez más lo frágil que es nuestro respeto por la vida humana y nuestra defensa de la dignidad de las personas. Los mercaderes de hombres y mujeres no son distintos de los comerciantes de esclavos del siglo XVIII, ni de los colonizadores del siglo XIX, ni de los nazis del siglo XX: todos ellos creyeron también que tenían derecho a disponer libremente de las vidas de otras personas.

Por la naturaleza misma de su profesión, yo no podía mencionar aquí los nombres de los negociadores que me ayudaron a comprender un fenómeno tan complejo como

es el de los secuestros. Su anonimato debe protegerse por motivos de seguridad; son personas que a menudo ponen en peligro sus vidas para salvar las de otras y que tienen amplias redes de informantes en países donde secuestrar es una actividad cotidiana. En lugar de aludirlos usando alias, he suprimido sus nombres y he indicado solo algún que otro dato sobre su ámbito general de influencia o de origen. Y, en la mayoría de los casos, me he referido a ellos simplemente como «un negociador» o «el negociador».

PRÓLOGO

Son las tres de la tarde, pero afuera ya está oscuro. Una alfombra de nieve cubre los suburbios residenciales de Umeå, una localidad universitaria del norte de Suecia. Las calles están vacías y los pocos coches que nos encontramos circulan con las luces largas puestas. Sin esos haces luminosos, la carretera resultaría indistinguible de los jardines delanteros de las casas. Mientras viajamos en nuestro automóvil, la combinación de oscuridad y luz reflejada por la nieve induce en nosotros extrañas ilusiones ópticas.

Cuando llegamos al hotel, abro la puerta del vehículo y tengo la sensación de estar entrando en una cámara frigorífica. Hace frío, tanto que puedo incluso medir la capacidad de mis pulmones cuando ese aire gélido de menos de cero grados de temperatura los llena. Estamos a finales de noviembre de 2006. En sentido estricto, debería ser otoño todavía, pero aquello parece un invierno ártico en toda regla.

Hemos venido a Umeå atraídos por un proyecto de arte político —la «Ecuación iraquí» se llama— que forma parte de una iniciativa de un grupo de artistas e intelectuales para llevar la oposición a la guerra de Irak mucho más allá del mero «ataque preventivo». Tras meses y más meses de manifestaciones contra la intervención militar, el mundo calló en la primavera de 2003, seguramente traumatizado por el descaro de Bush y de Blair, por su indiferencia ante la opinión pública. Tres años más tarde, nuestro grupo continúa

haciendo campaña contra aquella intervención; es nuestro deber, porque sabemos lo que está ocurriendo en Irak.

Entre los artistas allí congregados, hay varios iraquíes. Huyeron en cuanto las fuerzas de la coalición aterrizaron en su país, pues se convirtieron en blanco de los múltiples grupos armados que operaban en el interior. La invasión había desatado una rabia reprimida durante décadas, y diversas organizaciones de delincuentes, yihadistas, milicias chiíes recién formadas y partidarios de Sadam se volvieron contra la población civil. Pero para quienes lograron escapar de aquello y están ahora con nosotros en esta sala, la huida de Irak fue solamente física. Sus corazones y su pensamiento continúan estando allí, ligados por un hilo invisible a la sangrienta realidad del Irak «liberado».

Nos dijeron que habría muchos iraquíes en la inauguración de la exposición, pero no esperábamos que fueran dos centenares. Superan en número a los propios suecos. Hay allí hombres, mujeres, niños incluso, que, envueltos en ropa de abrigo, han venido de lugares cercanos y lejanos, desafiando el clima nórdico. Circulan silenciosos por las salas de la exposición, nos dan la mano, sonrían y comienzan a quitarse capa tras capa de ropa. Enseguida el árabe pasa a ser el idioma más hablado allí.

Algunas mujeres sacan enormes recipientes de comida de sus bolsos, envueltos completamente en papel de aluminio, y los colocan junto a los aperitivos de queso y vegetales que los organizadores de la exposición han servido. Sus platos tienen un aspecto tan colorido como delicioso. Esos aromas nos regalan el olfato. Cuando Catherine David, directora artística del proyecto, comienza su discurso, nos sentimos ya como si estuviéramos en el inicio de una celebración, una boda entre un cónyuge sueco y otro árabe, quizá. Es una sensación mágica e inolvidable. Por un momento, todos nos olvidamos de que esta es la inauguración de un acto de denuncia de una agresión militar.

En un momento posterior de la velada, cuando algunos de los asistentes se están ya despidiendo para irse, un joven se me acerca. Su tez es demasiado blanca para ser la de un iraquí. Es de hombros anchos y estatura media. Se presenta y me dice que se llama Rashid, un nombre muy común en Irak, pero sé que ese no es su nombre de verdad. Además, habla inglés con un marcado acento francés, como normalmente hacen los norteafricanos. Rashid dice que ha leído mis libros y quiere felicitarme por mi trabajo. Empezamos a hablar. Quiere saber más acerca de mis contactos en Londres con antiguos muyahidines. ¿Conozco a fulanito y a menganito? Menciona a varios argelinos que han huido a la capital británica tras el golpe militar y a quienes se les ha concedido asilo político.

Rashid es un alma atormentada. Me doy cuenta de que quiere hablarme de un detalle oscuro de su pasado, pero que no sabe por dónde empezar. Así que le sugiero que volvamos al hotel y nos tomemos un chocolate caliente. Y eso hacemos.

Nunca me revela su nombre real, pero sí su nacionalidad y su edad: es de Argelia y acaba de cumplir veintinueve años.

Su padre fue uno de los fundadores del Frente Islámico de Salvación. Al poco del golpe militar (apoyado por Francia y otros países europeos), el padre y los hermanos de Rashid fueron encarcelados. Todos ellos desaparecieron en el laberinto del sistema argelino de detenidos y presos políticos. «Cuando la policía vino a arrestar a mi padre y mis hermanos, yo estaba pescando», me cuenta. Él era el benjamín de la familia y tenía solamente quince años de edad en aquel entonces. La política no le interesaba. Quería ser marinero y pescador y viajar por todo el mundo. «Pero a raíz de que se llevaran a mi padre y a mis hermanos, los asuntos políticos pasaron forzosamente a incumbirme.»

La madre de Rashid dispuso que él se fuera de Argel de inmediato. Pero, esa misma noche, tras regresar de su jor-